

Organizaciones y prácticas anticomunistas en Argentina y Brasil (1945-1966)*

*Organizações e práticas anticomunistas na Argentina
e no Brasil (1945-1966)*

*Anti-Communist Organizations and Activities
in Argentina and Brazil (1945-1966)*

Ernesto Bohoslavsky**

Resumen: Este artículo ofrece una comparación del desarrollo de organizaciones y prácticas anticomunistas en Argentina y Brasil entre 1945 y el inicio de las experiencias dictatoriales a mediados de la década de 1960. Se postula la existencia de dos períodos en la historia del anticomunismo, cada uno de ellos con características propias, divididos por el impacto de la revolución cubana. Se parte de la hipótesis de que el anticomunismo fue mucho más que una máscara usada por las clases dominantes ante posibles amenazas a sus posiciones de privilegio y que debe ser entendido como una fuerza ideológica presente en múltiples capas sociales y sectores políticos, y con capacidad para actuar como un elemento aglutinador entre ellos.

Palabras clave: Argentina; Brasil; anticomunismo; guerra fría

* Este artículo fue producido dentro del proyecto *Desafíos teóricos, historiográficos y didácticos del abordaje del pasado reciente en Argentina* 2013/1160, financiado por el Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica de la República Argentina.

** Doctor en América Latina Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid, es investigador adjunto del CONICET y docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina. Se ha dedicado en los últimos años a investigar sobre historia política y de las ideas de Argentina, Brasil y Chile en el siglo XX. Anteriormente investigó sobre historia de los trabajadores rurales chilenos y sobre instituciones estatales en el sur de Argentina (policía, cárcel y justicia). Ha publicado, entre otros, *El complot patagónico* (Prometeo Libros, 2009) y editó *Problemas de Historia reciente del Cono Sur* (UNGS, 2010). <ebohos@gmail.com>.

Doutor em América Latina Contemporânea pela Universidade Complutense de Madrid, é pesquisador do CONICET e professor da Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina. Tem se dedicado a pesquisar a História Política e das Ideias da Argentina, Brasil e Chile no século XX. Anteriormente pesquisou sobre história dos trabalhadores rurais chilenos e instituições estatais no sul da Argentina (policia, prisão e justiça). Publicou, entre outros, *El complot patagónico* (Prometeo Libros, 2009) e editou *Problemas de Historia reciente del Cono Sur* (UNGS, 2010). <ebohos@gmail.com>.

PhD. in Contemporary Latin America from Universidad Complutense de Madrid. He is a CONICET researcher and professor at the Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina. In the last years, he has dedicated himself to the study in History of Ideas and Political History of Brazil, Argentina and Chile in 20th century. He has also researched the history of Chilean rural workers and the state institutions in South Argentina (police, prison, justice). He is the autor of *El complot patagónico* (Prometeo Libros, 2009) and edited *Problemas de Historia reciente del Cono Sur* (UNGS, 2010). <ebohos@gmail.com>.

Resumo: Este artigo oferece uma comparação do desenvolvimento de organizações e de práticas anticomunistas na Argentina e no Brasil entre 1945 e o começo das experiências ditatoriais na década de 1960. É proposta a existência de dois períodos na história do anticomunismo, cada um deles com características próprias, separados pelo impacto da revolução cubana. Tenta-se defender a hipótese de que o anticomunismo foi muito mais que uma máscara usada pelas classes dominantes perante possíveis ameaças às suas posições de privilégio. Pelo contrário, o anticomunismo deve ser entendido como uma força ideológica presente em muitas capas sociais e atores políticos e com uma grande capacidade para agir como um elemento aglutinador entre eles.

Palavras chave: Argentina; Brasil; anticomunismo; guerra fria

Abstract: This paper compares Anti-communist organizations and activities in Argentina and Brazil between 1945 and the rising of the dictatorships in the sixties. It is proposed that existed two different periods in the history of Anti-communism, separated by the impact of Cuban Revolution. The hypothesis here defended is that Anti-Communism was much more than a mask used by the ruling class in order to face challenges and threats to its privileged position. Furthermore, Anti-Communism must be better understood as an ideology which was widely spread in Argentinean and Brazilian social sectors and political actors, and that had a great capability to bind them.

Keywords: Argentina; Brazil; Anti-Communism; Cold War

En este artículo se analizarán los procesos de emergencia y difusión de prácticas y de organizaciones anticomunistas en Argentina y Brasil en los veinte años posteriores a la segunda guerra mundial¹. A partir de una perspectiva comparativa, se intenta contrastar la manera en la que el comunismo fue imaginado y combatido en los dos países, en un momento en que se atravesaron procesos sociales y económicos relativamente parecidos y en el que el contexto internacional estaba marcado por la instauración de la guerra fría. El período aquí recortado puede ser dividido en dos etapas. La primera da cuenta de los años de la segunda posguerra y el funcionamiento de regímenes democráticos en los cuales, sin embargo, era posible detectar fuertes niveles de autoritarismo así como procesos de exclusión legal de partidos políticos considerados extremos o antidemocráticos (el peronismo en Argentina y el comunismo en Brasil). Esa etapa se cierra con el triunfo de la revolución

¹ Este texto fue originalmente presentado en las XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, realizadas en octubre de 2013 en Mendoza, Argentina. Me beneficié de los comentarios que allí formularon, entre otros, María Celina Fares. Agradezco también a los evaluadores anónimos de esta publicación por sus sugerencias. Las citas aquí incluidas han sido traducidas del portugués por mí (E.B.).

cubana y la súbita actualización de la “amenaza roja”. En un segundo período, estos gobiernos civiles, en mayor o menor medida acosados por grupos castrenses, dieron paso a regímenes dictatoriales orgánicos de las Fuerzas Armadas, dotados de una propuesta refundacional. Tanto el golpe de Estado en Brasil en marzo de 1964 como el realizado en Buenos Aires dos años después, dieron inicio a dictaduras inspiradas en la “Doctrina de la seguridad nacional” que tuvieron como epicentro de sus preocupaciones políticas y de su estrategia de auto-legitimación la derrota del comunismo a través de una guerra contra-revolucionaria.

Juan Manuel Padron (2012) ha identificado a algunos de los grupos anticomunistas de los años sesenta en Argentina y Brasil. Por otro lado, Rodrigo Patto (2002, cap. 2) ha recortado las matrices ideológicas del anticomunismo en el siglo XX brasileño. Tomando en consideración ambos aportes, se pueden percibir cuatro grandes tradiciones anticomunistas actuantes en las décadas de 1950 y 1960 en los dos países:

- a) partidos y agrupaciones liberal-conservadoras, como la União Democrática Nacional (UDN) o el Partido Social-Demócrata (PSD) en Brasil, la Unión del Pueblo Argentino, heredera de la Revolución Libertadora y sectores importantes de la Unión Cívica Radical del Pueblo y la Unión Cívica Radical Intransigente en Argentina. En ellos se combinaban la preocupación por el populismo (peronista o varguista) y por el comunismo, en la suposición de que ambos buscaban imponer regímenes totalitarios y despóticos. En ese tránsito encontraron apoyo en Washington y en asociaciones internacionales de intelectuales y sindicalistas favorables a la “libertad” (BOZZA, 2009; NÁLLIM, 2012), cuando se trataba de defender la libre empresa y la iniciativa individual;
- b) nuevas organizaciones políticas explícita y centralmente anticomunistas, varias de ellas inspiradas en el nacionalismo antiliberal y católico de entreguerras como el Partido de Representação Popular en Brasil (GRASSI CALIL, 2005) o el Movimiento Nacionalista Tacuara y sus derivaciones (como la Guardia Restauradora Nacionalista) en Argentina, entusiasmados con la posibilidad de un golpe de Estado que mejorara sus escuálidas chances electorales y les permitiera ocupar posiciones de poder desde las cuales lanzarse a la caza de los comunistas y de la cultura pluralista y

laica (LVOVICH, 2006). En esas organizaciones el anticomunismo era obsesivo y se expresaba con la forma de teoría del complot². Esto es, se asumía que el enemigo a enfrentar era una figura presente en todas partes, aunque hábilmente camuflado. Por eso se creía verlo no sólo donde previsiblemente podía estar (el Partido Comunista y aquellas organizaciones que éste promovía) sino también en asociaciones gremiales y partidos políticos a todas luces muy ajenos a cualquier influencia soviética, como podían ser los “hippies”;

- c) la Iglesia Católica, tanto en lo que se refiere a las voces oficiales de la institución como a aquellas otras organizaciones explícitamente católicas, como la Sociedade Brasileira de Defesa da Tradição, Família e Propiedade (PATTO, 2002, p. 149 ss.), una entidad con redes de alcance transnacional (POWER, 2010) que incluyó filiales en Argentina y Chile (RUDERER, 2012).
- d) Los hombres de las Fuerzas Armadas, en general estimulados por su formación en ámbitos norteamericanos como la Escuela de las Américas o bajo influencia del Ejército francés y sus elaboraciones doctrinarias contra la resistencia argelina y vietnamita (MAZZEI, 2012; CHIRIO, 2012).

Aquí se parte de la hipótesis de que el anticomunismo fue más que una reacción histérica de las clases dominantes frente a la amenaza de la pérdida de sus posiciones privilegiadas. El anticomunismo debe ser entendido en toda su magnitud, esto es, como una fuerza ideológica con adherentes en múltiples capas sociales y tradiciones políticas, y por lo tanto, como un elemento con capacidad potencial para aglutinar a esos distintos aliados sociales y políticos. En ese sentido, comparto plenamente la afirmación de Rodrigo Patto (2014) de que el anticomunismo es un fenómeno más grande que la presencia de sujetos que tratan de sacar ventaja de esas creencias (lo que él llama *indústria anticomunista*). Por el contrario, es preciso señalar que más allá de los manipuladores,

² Uno entre tantos ejemplos que podrían brindarse. Una organización anticomunista argentina advertía, a través de solicitadas publicadas en varios matutinos de Buenos Aires, que: “Una siniestra confabulación se ciernen sobre la Patria. Una organización internacional y nacional se ha dado cita en el país pretendiendo destruir nuestro sistema de vida y nuestra civilización. Aspiran a reemplazarlos por el sistema de esclavitud del mundo rojo: de ese mundo del terror y de ignominia” (*La Nación*, 10/oct/1965, 17).

ciertos agentes políticos adhirieron profundamente a la causa anti-comunista, dedicándole tiempo, energía e esfuerzos de organización. Gracias a esos militantes el anticomunismo se volvió una tradición, un conjunto de representaciones y movimientos políticos reproducidos a lo largo del tiempo, y naturalmente apropiado de diversas maneras según el contexto (PATTO 2014, p. 1).

Muchos enfoques sobre el anticomunismo parten de la convicción de que el dinero o el miedo fueron los únicos –o los más importantes– estímulos para constituir organizaciones contrarias a las izquierdas. Así, la militancia basada en causas ideológicas sería un patrimonio de los grupos embanderados en las causas revolucionarias, mientras que sus adversarios no dispondrían de niveles comparables de convicción. Este artículo aspira a morigerar esta percepción, mostrando algunos de los nudos ideológicos compartidos por las tradiciones anticomunistas, así como los rasgos de sus militantes.

Uno de los asuntos que parece necesario calibrar es el vínculo entre el comunismo y el anticomunismo. El anticomunismo es una tradición política tan vieja como el comunismo: en algunos países, incluso precedió a la existencia formal de los partidos comunistas y a la constitución del régimen soviético en Rusia. Está claro que entre comunismo y anticomunismo existen procesos de construcción identitaria relacional, esto es, unos se van auto-presentando y criticando en función de lo que (piensan que) el otro es. Pero no se trata de un vínculo mecánico, del tipo que a un partido comunista fuerte le “corresponde” un movimiento anticomunista igualmente poderoso. En muchos casos el anticomunismo tomó una práctica y una dimensión preventivas, claramente desmesuradas frente a las capacidades e intenciones reales de los comunistas. ¿Cómo entender si no, la intensidad de la prédica anticomunista bajo regímenes dictatoriales en los que cualquier iniciativa política de los grupos de izquierda había quedado completamente desmantelada? ¿Cómo acercarse el caso de Estados Unidos, una sociedad en la que el anticomunismo ha tenido una intensidad y una enorme amplitud social y política, carente de la más mínima referencia con el tamaño de la izquierda local?

Un segundo problema a atender tiene que ver con la propia definición de lo que son el comunismo y el anticomunismo: en efecto, por “comunismo” los diversos actores anticomunistas entendían distintas cosas según el país y según la coyuntura. Para algunos era básicamente el largo brazo del imperialismo soviético y para otros era un fantasma creado por el *trabalhismo*, para algunos era el Partido

Comunista, pero para algunos una hidra de múltiples y contradictorias caras. Finalmente, para otros era uno de los rostros de un enemigo mayor, al que denominaban Modernidad, y al que, en todo caso, hacían nacer bastante antes que en 1917 en San Peterburgo: algunos en 1789 en París y otros incluso en 1517 en Wittenberg.

Por la amplitud del período tomado en consideración, por la diversidad de actores analizados y por el hecho de enfrentar simultáneamente dos casos nacionales, este artículo descansa fuertemente sobre bibliografía más que sobre fuentes primarias. Entre éstas se cuenta básicamente alguna documentación personal de líderes políticos y periódicos de la época, en los cuales se vehiculizaban opiniones políticas.

Anticomunismo y antipopulismo (1945-1959)

A partir de 1945 en América del sur se afianzó cierta sensibilidad anticomunista, expresada en la preocupación por la infiltración de los izquierdistas en diversos ámbitos así como por sus notorios avances electorales (en las elecciones presidenciales de finales de 1945 el Partido Comunista Brasileiro consiguió una décima parte de los votos emitidos). El crecimiento político de los partidos comunistas en la coyuntura inmediata de la posguerra fue un fenómeno repetido en varios países en Europa y América, y no era ajeno a ello el prestigio alcanzado por el Ejército Rojo y la filiación comunista de muchas de las guerrillas triunfantes en los países ocupados. Grecia, Francia, Italia y Chile, sólo por mencionar algunos, eran naciones en las cuales el Partido Comunista demostraba un fuerte enraizamiento político y electoral.

En Chile fue proscripto el Partido Comunista en 1947 y similares medidas se implementaron o se estudiaron en otros países de la región. Uno de ellos fue Brasil, donde no había pasado desapercibido para las elites políticas el apoyo electoral del PCB. Tanto entre trabajadores rurales *nordestinos* como entre obreros industriales *paulistanos* se registraban simpatías por el partido. Incluso había hombres dentro de las Fuerzas Armadas seducidos por la mística del ex *teniente* Luis Carlos Prestes, secretario general del PCB, y entendían que el comunismo ofrecía una vía para lograr simultáneamente modernización económica, industrialización acelerada y alguna forma de justicia en la distribución social y regional de bienes. Figuras políticas centrales vieron que en muy corto tiempo de campaña, un partido que había permanecido clandestino y perseguido por diez años, conseguía un fuerte respaldo en las urnas. De hecho, pocos meses antes de las elecciones presidenciales de 1945

había circulado un volante con el título de “O Decálogo comunista” que incluía los supuestos 10 mandamientos de un comunista:

- I. Odiarás al señor, Vuestro Dios.
- II. Maldecirás a vuestro Dios y señor.
- III. Despreciarás el día del Señor.
- IV. Despreciarás al padre y a la madre.
- V. Matarás.
- VI. La impureza es nuestro placer.
- VII. Robarás.
- VIII. Mentirás, si la mentira te beneficia.
- IX. Desearás a la mujer de tu prójimo.
- X. Prepararás una revolución universal (FM, 1945).

El volante fue producido por algunos de los hombres al mando de Filinto Muller, el temido jefe de la policía política de Vargas, el *Departamento da Ordem Política e Social*, en los últimos años del *Estado Novo*. Se trataba de un material bastante burdo, destinado a convencer a los votantes brasileños de las inconfesables y sacrílegas intenciones de los comunistas. Como se ve en el texto, lo peor de los comunistas no era que promovían la abolición de la propiedad privada o que detestaban a la democracia, sino que eran ateos y se mostraban contrarios a la unidad familiar y a las tradiciones del buen católico. Esa forma particular de imaginar al comunismo da cuenta sobre todo de las expectativas políticas de los anticomunistas y de sus creencias sobre cómo funcionaba la racionalidad electoral de los brasileños.

Tanto en Argentina como en Brasil al finalizar la segunda guerra mundial se establecieron presidencias democráticamente electas, que dejaron atrás las experiencias autoritarias nacidas de golpes de Estado en 1937 en Rio de Janeiro y en 1943 en Buenos Aires. Sin embargo, tanto el gobierno de Eurico Dutra como el de Juan Perón mostraron fuertes –aunque selectivamente reconocidos– puntos de continuidad con el *Estado Novo* y con la “Revolución de Junio”. Una de esas líneas de continuidad fue el anticomunismo. Éste se expresó en dos niveles: uno más previsible, tenía que ver con el despliegue de elementos ideológicos refractarios a esa tradición política, amparados en principios conservadores en algunos casos y en otros de tono nacionalista y antiliberal. Otro nivel de continuidad, más terrenal y directo, se expresó en el mantenimiento o el mejoramiento de los aparatos policiales de represión a los comunistas (o a quienes fueran sospechados de serlo).

El miedo a la expansión del comunismo en Brasil era desmedido: como expresaba en declaraciones públicas en 1947 el líder de la UDN

Virgilio de Melo Franco, entre la elección presidencial de 1945 y la legislativa de 1947 el PC perdió cerca de 100.000 votos, a pesar de estar “organizado en bases de fanática obediencia”. La razón de ese desgaste electoral era la banalización de la causa comunista por la rutinaria labor parlamentaria y el desvanecimiento de la leyenda martiroológica de Prestes (VMF, 1947). Pero incluso esa exageración reflejaba una ampliación cierta del electorado orientado a la izquierda en distintos sectores sociales y en regiones del país. Ello alertó por igual a los partidos varguistas (Partido Social Democrático, PSD y Partido Trabalhista Brasileiro, PTB) y al antivarguismo (União Democrática Nacional, UDN). Un militante del PTB *nordestino*, autodefinido como *queremista legítimo* escribió en enero de 1947 al ex-ministro de Trabajo de Vargas, Alexandre Marcondes Filho, para advertirle sobre el crecimiento del PCB en Pernambuco:

Todos los partidos democráticos están atónitos con la organización comunista, y apoyo que atacemos ya al comunismo antes de que él nos devore dentro de Brasil, aprovechándose, como está haciendo ahora, de la pobreza en que viven los proletarios nordestinos (AMF, 1947).

El gobierno de Dutra se enfrentó a partir de 1946 con vehemencia a la conflictividad sindical, que había sido contenida durante el *Estado Novo* gracias a la actividad represiva oficial y de la política de “unión sagrada” promovida por el PCB tras el ingreso de Brasil a la guerra. Ante el accionar sindical y comunista, el presidente Dutra prohibió el derecho de huelga antes de que entrara en vigencia la nueva constitución. El Ministerio de Trabajo intervino varios sindicatos y clausuró la recientemente creada *Confederação Geral dos Trabalhadores do Brasil* (CGT), en la que los comunistas tenían un destacado papel. Entre 1947 y 1951 el PCB fue prohibido y sus afiliados perdieron el derecho a voto. A partir de 1951 el partido se desarrolló en un marco ambiguo puesto que podían circular sus publicaciones y sus hombres se podían mostrar en público, pero no tenía permitido presentarse a elecciones. Sólo en 1958 los comunistas brasileños consiguieron una vuelta a la legalidad: a partir de entonces el PCB intercaló sus candidatos en las *chapas* de otros partidos de izquierda o *trabalhistas*.

Entre los hombres del más importante partido liberal, la União Democrática Nacional, había opiniones divergentes acerca de la naturaleza del comunismo y de la mejor manera de enfrentarlo. Virgilio de Melo Franco sostuvo en 1947, en el contexto del debate sobre la

ilegalización del partido, que la expansión del comunismo no se debía a que era un partido autorizado por la ley, sino a la falta de visión crítica de los partidos moderados. Ese desinterés de los “partidos democráticos” por las reformas sociales agravaba “las contradicciones sociales” y arrojaba las “masas a los partidos extremistas” (VMF, 1947). Si por un lado muchos de los políticos –varguistas y antivarguistas- apostaron por el instrumento legal de prohibir al PCB, otras figuras y organizaciones apostaron a salidas más extremas y autoritarias. Ello dio lugar a la constitución de organizaciones políticas dedicadas específicamente a la vigilancia de los comunistas (PATTO 2002, cap. 5 y 8), como la Cruzada Brasileira Anticomunista (fundada en 1952) y la Sociedade Brasileira de Defesa da Tradição, Família e Propriedade (fundada en 1960 por Plínio Correa de Oliveira).

La coalición electoral formada detrás de la candidatura del coronel Juan Perón a inicios de 1946 albergaba a muchos actores de declarada vocación anticomunista. Entre ellos se contaban muchos hombres de las Fuerzas Armadas y de la Iglesia católica, convencidos de la necesidad de derrotar al “demoliberalismo” y al comunismo por ser enemigos mortales de la nación argentina, una nación a la que se consideraba a todas luces católica e hispana (ZANATTA, 1999). Pero también estaban allí presentes los sindicalistas del nuevo Partido Laborista, enfrentados a sus pares provenientes de tradiciones de izquierda. El choque del PC argentino con Perón había comenzado en 1943, cuando éste había empezado a coquetear con líderes gremiales mientras era Secretario de Trabajo y Previsión Social. Por entonces los sindicalistas que se mostraban más cercanos al nuevo jefe político conseguían ventajas para sus afiliados, y establecían una relación de competencia con los dirigentes vinculados al comunismo y al socialismo. En paralelo, el PCA instaló y sostuvo por varios años la idea de que el peronismo no era más que una versión rioplatense del fascismo, de lo cual serían pruebas irrefutables la tardanza en declarar la guerra al Eje, el fuerte entramado con la Iglesia católica y el intento de cooptar y movilizar a los trabajadores.

La decisión del PCA de incorporarse a la alianza electoral antiperonista implicó vincularse con partidos abiertamente “patronales” como el conservador bonaerense o el Demócrata Progresista, partidos igual o más anticomunistas que el propio peronismo: dirigentes radicales se quejaron de la “intromisión escandalosa del comunismo en la Casa radical” en los meses pre-electorales (en GARCÍA SEBASTIANI, 2005, p. 73). Esa participación en el frente multipartidario antiperonista poco

contribuyó a un acercamiento entre el nuevo presidente del país y esa fuerza política. El deseo de mantener unida a esa coalición antiperonista –bastante maltrecha porque sólo los radicales consiguieron representación parlamentaria nacional– primaba por sobre las posibles influencias que ejerciera la presión anticomunista de Washington sobre la oposición argentina. Así, en el mismo año en el que el Partido Comunista era excluido del juego político en Brasil por creérselo representante de un país y de una doctrina de tipo totalitario, la derecha liberal expresada por *La Prensa* en Argentina seguía considerando al PC argentino un partido democrático, respetuoso de las tradiciones políticas nacionales (*La Prensa*, 1947, p. 7).

El triunfante candidato electoral, el coronel Perón, no defraudó las expectativas de las fuerzas anticomunistas que lo habían apoyado (Fuerzas Armadas, Iglesia, sindicalismo reformista, etc.), puesto que su retórica se mantuvo muy alejada de los tópicos del comunismo, y en teoría equidistante también con respecto al “capitalismo” o al “liberalismo”. Así lo expresaba el sacerdote Virgilio Filippo, confesor de Eva Perón, en su libro *El Plan Quinquenal de Perón y los comunistas*, de 1948:

nosotros no queremos ni hordas del capitalismo imperialista, ni hordas expansionistas comunistas. Por eso elucubramos los medios de redención que no son ni la explotación del hombre por el poder privado de los magnates [...] ni por la explotación inhumana de la dictadura del proletariado puesta en manos de un único partido, regido por un dictador (en UBERTALLI 2010, p. 249).

Con epicentro en la policía de la provincia de Buenos Aires, el gobierno peronista desarrolló un esfuerzo institucional destinado a espiar las actividades del comunismo y de las asociaciones que supuestamente le servían de “pantalla” (MARENGO, 2012). La policía bonaerense montó un sistema de elaboración y clasificación de la información producida a partir del espionaje a los comunistas (o sospechados de serlo). Durante la década peronista, hubo numerosos allanamientos, operativos y detenciones destinadas a controlar, encerrar o intimidar a los comunistas (NAZAR, 2007). En 1951 el mayor Jorge Osinde, formado en Inteligencia del Ejército, comenzó a dirigir la Coordinación Federal de la policía, sección encargada de la detención y represión de “agentes extranjeros”, es decir, comunistas (UBERTALLI, 2010, p. 251). Una investigación muy puntillosa ha permitido saber que entre 1948 y 1955 fue solicitada la expulsión de 116 extranjeros acusados de ser comunistas. Además, en 1954 fueron detenidos por la policía 368

trabajadores a causa de su pertenencia al comunismo (NAZAR 2009, p. 12). En 1950 un grupo de la “Sección Especial” de la Policía detuvo y asesinó al líder estudiantil Jorge Calvo y al obrero Ángel Zelli, ambos identificados con el comunismo (GILBERT 2009, p. 306-12). Un año después fue detenido Alfredo Varela, escritor y periodista comunista que publicaba en *La Hora*. Tiempo atrás había corrido la misma suerte Atahualpa Yupanqui, por entonces un joven folklorista perteneciente al Partido Comunista.

El PCA se entusiasmó con la “Revolución Libertadora” que en 1955 derrocó a Perón porque ésta prometía la posibilidad de actuar libremente en política, en el marco de la “restauración” de la democracia multipartidaria y republicana en Argentina. Sin embargo, desde 1956 se incrementó la vigilancia y la persecución policial sobre el comunismo por considerar que podía llegar (o que había llegado) a acuerdos con el peronismo para tensar las relaciones entre los trabajadores y los empresarios o para facilitar las actividades de resistencia y sabotaje del movimiento obrero (MARENGO, 2012). En el marco de la lucha por la eliminación del “totalitarismo nazi-peronista” no resultó difícil extender el accionar represivo contra otra forma de “totalitarismo” como la soviética (SPINELLI, 2005, p. 247). Por ello la creación de la División de Investigaciones de Partidos Antidemocráticos de la Policía Federal, que junto con la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE) formada en 1956, fue dando forma a un aparato de vigilancia y represión de creciente complejidad (UBERTALLI, 2010, p. 251).

De la revolución cubana a la “Revolução de março” y la “Revolución Argentina” (1959-1966)

El principal estímulo para el desarrollo de las fuerzas anticomunistas después de 1959 provino de un conjunto de alteraciones en el orden internacional. La primera opción sistemáticamente desarrollada por Washington en previsión del “contagio” del comunismo de La Habana al resto del continente fue la Alianza para el Progreso. Esa vía fue dejada de lado tras el asesinato de Kennedy y dio paso a posturas más vinculadas a la seguridad que a la promoción del desarrollo. A partir de allí, la contención del comunismo sería más un asunto de los agregados militares que de los economistas y las ONGs gestoras y estudiosas del (sub)desarrollo. El comunismo vino a quedar recortado no sólo como un enemigo temible, sino como el único responsable de todos los males de las naciones occidentales, y entre ellas las latinoamericanas.

El punto que marca claramente el cambio que se produce en el imaginario y las prácticas anticomunistas de Argentina y Brasil en la década de 1960 es la definición del actor estatal al que se le asigna la misión de controlar y combatir al comunismo. A mediados del siglo XX seguían siendo secciones específicas de las policías las que tenían las tareas de registrar, intimidar y reprimir al comunismo: se trataba de un problema nacional que requería de aquellas herramientas de las que el Estado disponía para combatir la actividad delictiva. Pero tras 1959, las cosas cambiaron. Las Fuerzas Armadas comenzaron a asumir (y/o se les concedieron) nuevas funciones, ligadas directamente al mantenimiento del orden social. En este nuevo planteo, el problema era presentado como de nivel internacional más que nacional. Desde la década de 1950 muchos hombres de las Fuerzas Armadas de países sudamericanos participaron de espacios de formación en la Escuela de las Américas, que el Pentágono tenía en Panamá. Allí se ofrecían cursos para difundir la teoría de la guerra contra-revolucionaria y luego la “Doctrina de la Seguridad Nacional”. Esa formación hacía centro en una definición del enemigo que habría abandonado los tradicionales alineamientos territoriales. La “Doctrina de la Seguridad Nacional” expresaba una visión geopolítica centrada en la confrontación de un enemigo todopoderoso, tenaz y por momentos invisible, cuyas fronteras eran ideológicas: un esquema maniqueo y paranoico dividía al mundo entre Occidente y Comunismo. El enemigo se infiltraba por las universidades, en la Iglesia, entre los jóvenes, en las fábricas. Las tendencias ‘obreristas’ o ‘populistas’ de algunos políticos latinoamericanos (João Goulart, Salvador Allende) o de sus aliados sindicales, juveniles o armados fueron entendidas por ciertos sectores de la derecha, y en general por el Departamento de Estado, como “preludios y vehículos de la amenaza comunista” (BUCHRUCKER, 2003, p. 10).

En Brasil las organizaciones anticomunistas vivieron un proceso de fuerte crecimiento a partir de 1961. Allí tallaba no sólo lo que ocurría en Cuba sino una agenda política nacional marcada por el imprevisto ascenso a la presidencia de João Goulart ese año (FAUSTO, 2013). El presidente, de larga tradición *trabalhista*, fue acusado de facilitar la infiltración del comunismo en la administración pública, las empresas estatales y las Fuerzas Armadas. La campaña contra su gobierno enfatizó fuertemente primero su debilidad frente a los comunistas, y posteriormente su complicidad con ellos. Rodrigo Patto (2002, p. 240 ss.) destaca varios hechos vinculados con el surgimiento o la potenciación de estas organizaciones anticomunistas. En primer lugar, si bien hay que

tener en consideración el impacto de la financiación proveniente de la CIA en instituciones como el Instituto Brasileiro de Ação Democrática (IBAD) y el Instituto de Pesquisas e Estudos Sociais (IPÊS), el anticomunismo brasileño tenía presencia sólida desde hacía por lo menos treinta años en Brasil. En segundo lugar, la notable circunstancia de que se constituyeran organizaciones femeninas, decididas a luchar contra el comunismo y su supuesta pretensión de esclavizar a sus hijos, en clara similitud a la constitución en Chile del Poder Femenino, opositor al gobierno de Allende (POWER, 2008). El tercer punto sobre el que llama la atención es sobre la reubicación que sufren los argumentos católicos en el movimiento anticomunista. Si en la década de 1930, al momento de instaurar el *Estado Novo*, los argumentos anticomunistas habían estado teñidos en su totalidad de invocaciones católicas a la lucha contra el demonio comunista, en la década de 1960 el panorama había cambiado. Aparecieron con insistencia nociones ecuménicas, que no hacían centro en el carácter anti-católico del comunismo, sino en su marca anti-religiosa. De allí que las convocatorias a las marchas a inicios de 1964 fueran en nombre de Dios y de la familia, y dejaran de lado las invocaciones a Jesús o a la virgen María (PATTO, 2002, p.246). En todo caso, lo que anunciaba ese cambio, también, era que la Iglesia brasileña no se mostraba monolíticamente opositora a las transformaciones de base que alentaba Goulart (como tampoco lo estaba, ni mucho menos, respecto a la “Revolución en libertad” de Eduardo Frei en Chile).

Las voces más extremas provenían probablemente de los viejos integralistas, nucleados en el Partido da Representação Popular. El partido se sumó con entusiasmo a la campaña de hostigamiento al presidente Goulart, que iba acompañada de reclamos a las Fuerzas Armadas para que lo desalojaran del poder. Una declaración de la bancada del PRP en septiembre de 1963 denunciaba que en Brasil estaba “en funcionamiento un soviét bajo los moldes exactos del que se instaló en Petrogrado en 1917, bajo el seudónimo de CGT”. Por eso

llama al pundonor, al brío, a la honra, al patriotismo, de las Fuerzas Armadas, para que eviten, a todo trance las desgracias que se prefiguran para la Nación brasileña y alerta al pueblo de nuestra Patria para que en unión sagrada se levante en esta última oportunidad de la que depende la salvación nacional (GRASSI CALIL, 2005, p. 638)

En el caso argentino, el Partido Comunista fue reprimido durante el gobierno de Frondizi (1958-1962), especialmente tras la implementación

del llamado Plan de Conmoción Interna del Estado (CONINTES), que lo mismo parecía dirigido a perseguir a peronistas que a comunistas. Ya señaló Padrón (2012, p. 165) que el decreto 4965 de 1959 firmado por el presidente Frondizi había creado una comisión encargada de “planificar, dirigir y supervisar la acción del Estado en materia de comunismo y otros extremismos”. El PCA fue ilegalizado en 1961 y se habilitó el juzgamiento en el fuero militar de sus miembros si participaban de actividades de conmoción pública o de atentado a la autoridad. El combate a la penetración del “castro-comunismo” fue asumido por múltiples actores por fuera de la coalición gobernante y de las Fuerzas Armadas: previsiblemente los vinculados a tradiciones católicas y nacionalistas como Tacuara, pero también por partidos más moderados como la Unión Cívica Radical del Pueblo, así como por varias agrupaciones que se reconocían como peronistas y que repudiaban el “imperialismo soviético”. Hacia mediados de la década de 1960 el discurso anticomunista estaba bastante difundido entre actores políticos tradicionales de Argentina. En 1965 el Ateneo radical de Buenos Aires postulaba que era:

una imperdonable ingenuidad despreocuparse del comunismo al suponer que su doctrina está superada por las concepciones que inspiran nuestra organización democrática o por el escaso número de sus votantes en las urnas [...] La actividad comunista se despliega en todas partes, siguiendo normas y tácticas previstas según las circunstancias de lugar y tiempo, y entre nosotros, aunque sus escenarios preferidos son los institutos de enseñanza, los sindicatos gremiales y las agrupaciones estudiantiles, no están excluidos otros centros religiosos, políticos o económicos, donde su acción u propaganda se infiltran subrepticamente (*La Nación*, 11/octubre/1965, p. 11).

Para entonces el accionar de diversos grupos de derecha extrema era un dato que se podía corroborar en la realidad argentina. Tacuara, Liga Nacional Contrarrevolucionaria, Guardia Nacional Restauradora, son algunos de los voceros del anticomunismo, antisemitismo y antiliberalismo que tomaron fuerza en la década de 1960 (SENKMAN, 1989). Uno de esos grupos, el minúsculo “Frente Nacional-Socialista Argentino (Sección Argentina de la Unión Mundial de Nacional-Socialistas)” realizaba un apesadumbrado diagnóstico de la situación nacional, en la que la presencia del comunismo estaba a la orden del día:

Ante esta incierta hora, por la que atraviesa nuestra querida patria.
Ante la caducidad del régimen capitalista-liberal-burgués.

Ante el peligro comunista que se cierne sobre nuestra patria. Ante la continua violación de la soberanía nacional por parte de las potencias extranjeras: ocupación internacional de la Antártida Argentina, la retención de las islas Malvinas por Inglaterra, la continua ingerencia de los EEUU de Norte América en problemas internos argentinos; el secuestro del teniente coronel Adolfo Eichmann, realizado por agentes de Israel (SIPBA, s.f.).

La aparición de grupos como el mencionado Frente Nacional-Socialista Argentino o la Federación Argentina de Entidades Democráticas Anticomunistas (FAEDA) da cuenta de una mutación en las prácticas anticomunistas en la década de 1960. A diferencia de otras organizaciones explícitamente político-partidarias que concentraban su anticomunismo en la coyuntura política, FAEDA desarrolló una agenda de tinte también “cultural”. Su negativa percepción de algunas de las implicancias del proceso de modernización cultural desarrollado en Buenos Aires y la recepción de algunas formas de consumo simbólico ligadas a la cultura norteamericana, le dio una impronta particular. En ese sentido, la lucha contra el hipismo apareció como una marca registrada de la organización, tanto en sus prácticas públicas (declaraciones, conferencias de prensa, etc.) como clandestinas (“razzias” y palizas contra varones de pelo largo y hippies, por ejemplo). Es por eso que su definición de lo que eran los hippies o los comunistas apuntaba a una hidra monstruosa, que contenía en sí todo aquello que asociaban con lo malvado o lo indigno: homosexualidad, izquierdismo, consumo de drogas, contracultura, abuso sexual, holgazanería, etc. Según un miembro de la juventud de FAEDA,

los hippies tienen la postura de que lo mejor es amarse entre personas del mismo sexo [...] No son comunistas, pero están auspiciados por ellos [...] Se volverán guerrilleros comunistas cuando se acostumbren a vivir al aire libre y a comer lo menos posible (Primera Plana, 1968).

De esta manera, los jóvenes de FAEDA daban cuenta precisamente del amplio número de conflictos que se deseaban enfrentar simultáneamente: políticos, generacionales y culturales.

Conclusiones

De este rápido análisis de la historia de algunos de los discursos y las prácticas anticomunistas en Argentina y Brasil es posible extraer

algunas conclusiones sobre algunas de las tensiones sociales, culturales y políticas que atravesaban Brasil y Argentina en esos años. Entre ellas cabe mencionar a las siguientes ideas, referidas a las diversas expresiones anticomunistas que aquí se han identificado:

a) Diversidad socio-económica: la fuerza de la convocatoria ideológica del anticomunismo no se restringía a los sectores encumbrados sino que estaba socialmente mucho más extendida. En ese sentido, si bien es evidente que los sectores sociales altos eran los más interesados en eliminar la posibilidad de cambios radicales en la distribución de los bienes de una sociedad, no es menos cierto que su prédica alcanzó y en no pocos casos fue asumida por actores que difícilmente se pudieran caratular como acomodados. La acogida del anticomunismo entre trabajadores sindicalizados en la Argentina en las décadas de 1960 y 1970 no fue forzada. El medio millón de personas que en marzo de 1964 participó en São Paulo de la *Marcha da Família com Deus pela Liberdade* y el millón que lo hizo en Río de Janeiro pocos días después del golpe de Estado, no pertenecían íntegramente a la elite paulistana o carioca ni mucho menos. Los sondeos de opinión realizados poco antes del golpe, así como poco después, dan cuenta de la fortaleza de la convicción anticomunista en diversos grupos de la sociedad brasileña (PATTO, 2014);

b) Diversidad ideológica: las tradiciones ideológicas que convergían en el rechazo al comunismo tenían muy múltiples orígenes. Un análisis de ellas muestra que la “unión sagrada” que los anticomunistas promovían sólo se conseguía al precio de no prestar atención a las contradicciones existentes entre empresarios liberales deseosos de reducir el intervencionismo estatal, militantes católicos empeñados en la regulación corporativa de las relaciones laborales y jefes castrenses interesados en que el Estado avanzara sobre áreas estratégicas de la producción de energía y acero. Unidos en su anticomunismo podíamos encontrar a la “Doctrina de la seguridad nacional”, al liberalismo pro-empresarial, al catolicismo tradicionalista contrario a cultura laica y a algunas fuerzas del sindicalismo peronismo o *trabalhista*. El punto relevante no es que esas contradicciones existieran, sino que éstas no impidieron la colaboración entre actores formados en distintas tradiciones ideológicas;

c) Diversidad organizativa: el anticomunismo era una nebulosa heterogénea de figuras, instituciones, publicaciones y organizaciones partidarias y culturales, estatales y para-estatales. Había allí organismos de seguridad especializados en espionaje y represión a los militantes,

pero también se contaban asociaciones internacionales de intelectuales –muchas abierta o secretamente financiadas por la CIA– unidos por la promoción de la “libertad cultural”, la jerarquía de la Iglesia católica, Fuerzas armadas, estudiantes universitarios y partidos políticos. En efecto, en la gran familia anticomunista es posible encontrar al IBAD y al IPÊS, ambos muy probablemente subsidiados por el gobierno norteamericano a inicios de la década de 1960. Pero además de estas organizaciones formales y con funcionamiento legal, también había grupos de choque, provocadores a sueldo de la policía e instituciones fantasmagóricas y efímeras que formaban parte del conglomerado anticomunista.

Finalmente, a título comparativo vale la pena mencionar dos diferencias observables en el desarrollo del anticomunismo en Argentina y Brasil. La primera de ellas es la fuerte presencia en Brasil de organizaciones específicamente femeninas, con una agenda y unas consignas generalmente contrarias al feminismo –al que se asimilaba sin mucho problema a marxismo–. La otra diferencia es que en el caso argentino el catolicismo seguía funcionando como un blindaje ideológico del anticomunismo, lo cual constituía una clara continuidad con las organizaciones nacionalistas de las décadas de 1930 y 1940. En ese sentido, no sólo el catolicismo como fe y la Iglesia como institución siguieron siendo casi monolíticamente anticomunistas en Argentina de los años cincuenta y sesenta, sino que el anticomunismo siguió siendo medularmente católico. Esto fue así al punto de que varias organizaciones anticomunistas –como la Guardia Restauradora Nacionalista– veían al antisemitismo religioso como una continuidad normal y evidente de su actividad contra los “rojos”. Es cierto que desde finales de la década de 1950 la experiencia de los “curas obreros” y luego la potenciación del catolicismo “liberal” avizoraba discusiones que a mediados de los años sesenta dieron paso a abiertos enfrentamientos inter-católicos a partir del Concilio Vaticano II, pero nada de eso se comparaba con la situación brasileña. Allí Iglesia había dejado de ser un respaldo automático al *statu quo* y manifestaba simpatías explícitas por las reformas estructurales en la propiedad rural o la distribución del ingreso. Por ello, las campañas anticomunistas tomaron un carácter ecuménico, que permitió incluir en las movilizaciones y ceremonias a rabinos y pastores protestantes, y simultáneamente, le insuflaron vida a organizaciones o figuras católicas rabiosamente anticomunistas enfrentadas a la Iglesia “oficial”, como la TFP o el arzobispo de Diamantina, Geraldo de Proença Sigaud (CALDEIRA, 2011).

Referencias

- BOZZA, Juan Alberto. Trabajo silencioso. Agencias anticomunistas en el sindicalismo latinoamericano durante la Guerra fría. *Conflicto social*, v. 2, n. 2, p. 49-75, 2009.
- BUCHRUCKER, Cristián. Identidades nacionales y cultura política antidemocrática. Trayectorias históricas del Cono Sur en el siglo XX. *Ponencia en el Congreso La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Valencia, 2003.
- CALDEIRA, Rodrigo Coppe. *Os baluartes da tradição: o conservadorismo católico brasileiro no Concílio Vaticano II*. Curitiba: CVR, 2011.
- CALIL, Gilberto Grassi. O integralismo no processo político brasileiro. O PRP entre 1945 e 1965: cães de guarda da ordem burguesa. 2005. Tesis (Doctorado del Programa Interinstitucional de Pós-Graduação em História) – UFF/UNIOESTE, Niterói, 2005.
- CHIRIO, Maud. *A política nos quartéis*. Revoltas e protestos de oficiais na ditadura militar brasileira. Rio de Janeiro: Zahar, 2012.
- FAUSTO, Boris. A vida política. In: CASTRO GOMES, Angela (Coord.). *Olhando para dentro, 1930-1964*. São Paulo: Fundação Mapfre y Editora Objetiva, 2013.
- GARCÍA SEBASTIANI, Marcela. *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2005.
- GILBERT, Isidoro. *La Fede: alistándose para la revolución*. La Federación Juvenil Comunista, 1921-2005. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2009.
- LVOVICH, Daniel. *El nacionalismo de derecha: desde sus orígenes a Tacuara*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2006.
- MARENGO, María Eugenia. *Lo aparente como real. Un análisis del sujeto 'comunista' en la creación y consolidación del servicio de inteligencia de la policía de la Provincia de Buenos Aires*, 2012. Tesis (Maestría en Historia y memoria) – Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2012.
- MAZZEI, Daniel. *Bajo el poder de la caballería. El Ejército argentino (1962-1973)*. Buenos Aires: Eudeba, 2012.
- MOTTA, Rodrigo Patto Sá. *Em guarda contra o perigo vermelho: o anticomunismo no Brasil, 1917-1964*. São Paulo: Perspectiva: FAPESP, 2002.
- _____. O anticomunismo nas pesquisas de opinião: Brasil, 1955-1964. Ponencia presentada en el *Colloque Penser les droites en Amérique Latine auXX^e siècle Paris*, 23 al 25 de enero de 2014. Disponible en: <<http://nuevomundo.revues.org/30467>>.
- NÁLLIM, Jorge. Redes transnacionales, antiperonismo y Guerra Fría. Los orígenes de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura. *Prismas*, v. 16, n. 1, p. 121-141, 2012.
- NAZAR, Mariana. Los indeseables. Un acercamiento al perfil ideológico de los trabajadores detenidos bajo el Poder Ejecutivo Nacional durante el primer peronismo. Ponencia presentada en las *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Tucumán, 2007.
- _____. Estado de derecho y excepcionalidad. Algunas prácticas de control social sobre trabajadores durante el primer peronismo. Ponencia presentada en la *VIII Reunión de Antropología del Mercosur*, Buenos Aires, 2009.
- _____. Los indeseables. Un acercamiento al perfil ideológico de los trabajadores detenidos bajo el Poder Ejecutivo Nacional durante el primer peronismo. Ponencia presentada en las *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Tucumán, 2007.

_____. Estado de derecho y excepcionalidad. Algunas prácticas de control social sobre trabajadores durante el primer peronismo. Ponencia presentada en la *VIII Reunión de Antropología del Mercosur*, Buenos Aires, 2009.

PADRÓN, Juan Manuel. Anticomunismo, política y cultura en los años sesenta. Los casos de Argentina y Brasil. *Estudios del ISHiR*, v. 2, n. 4, p. 157-73, 2012.

POWER, Margaret. *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2008.

_____. Transnational, Conservative, Catholic, and Anti-Communist: Tradition, Family, and Property (TFP). In: DURHAM, Martin; POWER, Margaret (Ed.). *New perspectives on the Transnational Right*. New York: Palgrave Macmillan, 2010. p. 85-106.

RUDERER, Stephan. Cruzada contra el comunismo. Tradición, Familia y Propiedad (TFP) en Chile y Argentina. *Sociedad y religión*, v. 22, n. 38, p. 79-108, 2012.

SENKMAN, Leonardo. El antisemitismo bajo dos experiencias democráticas: Argentina 1959/1966 y 1973/1976. In: SENKMAN, L. (Ed.). *El antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1989. p. 18-42.

SPINELLI, María Estela. *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la 'revolución libertadora'*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2005.

UBERTALLI, Jorge Luis. *El enemigo rojo. La represión al comunismo en la Argentina*. Buenos Aires: Acercándonos Ediciones, 2010.

ZANATTA, Loris. *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.

Fuentes:

AMF (1947) MARCONDES FILHO, Carpeta Alexandre, (AMF c 1947.01.28) CPDOC-Fundação Getúlio Vargas, Río de Janeiro: AMF, 1947.

FM (1945) Carpeta Filinto Muller, (FM AP 1945.01.25), II.84, CPDOC-Fundação Getúlio Vargas, Río de Janeiro.

La Nación. Solicitada nº 2. 10 de octubre de 1965, Buenos Aires, p. 17.

_____. Expresa un grupo de ciudadanos radicales su apoyo al Gobierno. 11 de octubre de 1965, Buenos Aires, p. 5.

La Prensa. La defensa de la democracia en el continente americano. 10 de abril de 1947, Buenos Aires, p. 7.

Primera Plana. Festival para delirantes. n. 264, Buenos Aires, 1968.

_____. Festival para delirantes. n. 264, Buenos Aires, 1968.

SIPBA (Servicio de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires). Mesa "A" Legajo 173, Carpeta 37 "Frente Nacional-Socialista Argentino" (Comando Liga Argentina Nacional Socialista), s. f. (probablemente 1961).

VMF (1947). Carpeta Virgilio de Melo Franco, VMF, pi Franco, V.A.M. 1947.05.00. CPDOC-Fundação Getúlio Vargas, Río de Janeiro.